

## MI DON TOMÁS BUESA

M.<sup>o</sup> ANTONIA MARTÍN ZORRAQUINO  
*Universidad de Zaragoza*

Evocar a las personas implica destacar su forma de ser, su manera de conducirse, y, por supuesto, también su imagen, tal y como nos hemos apropiado de ellas en nuestra memoria. Se acumulan los encuentros que mantuvimos, las conversaciones, las experiencias... El conocimiento del otro es subjetivo, lo que quiere decir parcial y, por ello, inexacto. Por otra parte, con los datos aludidos, elaboramos a menudo un juicio, juicio también subjetivo y, de nuevo, parcial. Todas estas cosas me las digo a mí misma, y las escribo para el lector, al enfrentarme a la tarea de realizar una semblanza de quien fue mi profesor, mi querido profesor, y mi amigo —porque don Tomás Buesa me honró con su amistad— durante muchos años.

Él, don Tomás Buesa Oliver, ha sido (no quiero decir *fue*) uno de los maestros que, entre 1968 y 1988, contribuyeron decisivamente a que la especialidad de Filología Románica de Zaragoza (llamada, a partir del Plan 1973, Hispánica —por los contenidos de la Titulación, fue hispánica, desde sus comienzos—) adquiriera un relieve importante en el seno de las universidades españolas. Los maestros aludidos dieron lugar a una Escuela de Filología zaragozana en la que destacan, creo, el relieve dado a la fundamentación teórica, en sí misma, y en su proyección para la descripción de los fenómenos tanto lingüísticos como literarios (gracias al magisterio de Félix Monge), la versatilidad y brillantez en el estudio de la Literatura española (de todas las épocas y de todos los géneros) por obra del excelente conjunto de catedráticos y otros profesores que fueron configurando el Departamento de Literatura Española (hasta llegar al llamado de Filología Española, en los años ochenta), y la fidelidad a la tradición filológica española, con un interés particular por lo dialectal, tanto en su vertiente más local (el ámbito del aragonés), como en su proyección más universal (el español en América), fidelidad que, con esmeradas acribia, pulcritud y minuciosidad, debemos singularmente al magisterio de Buesa. La co-presencia en la Universidad de Zaragoza, en los últimos años sesenta y en los primeros años setenta del siglo pasado, de los maestros Francisco Ynduráin (maestro, a su vez, de la generación de los otros dos), Félix Monge y Tomás Buesa, quienes pusieron en marcha (junto con María del Carmen Bobes y Gaudioso Giménez) la nueva titulación de Filología Románica, potenció igualmen-

te otro rasgo característico de la Escuela filológica zaragozana: la comunión, la comunicación íntima, al menos en sus comienzos, entre los estudios lingüísticos y los literarios, un signo de identidad que nos singularizó entre los estudiosos españoles de Humanidades Filológicas y del que yo me siento particularmente orgullosa.

Si pienso en cuándo conocí a don Tomás, tengo que remontarme a los meses de agosto de 1953 y 1954 y a los Cursos de Verano que la Universidad de Zaragoza organiza en Jaca. Aquel tiempo en que yo era una niña, respectivamente, de cinco y seis años, que estaba, según comentaba mi padre, sin educar: «No es que mi chica sea maleducada, no» —decía— «es que está por educar». La frase me la ha recordado a menudo Carmina Gómez Parra, hija de don Vicente Gómez Aranda, catedrático de Química Orgánica de la Universidad de Zaragoza y Director de aquellos Cursos, y esposa (hoy viuda) de don Tomás Buesa. El profesor Gómez Aranda era íntimo amigo de mi padre (además de colega y además de paisano —los dos, naturales de Andorra, en la provincia de Teruel—, aun mediando entre ellos siete años —mi padre era el mayor—). (De hecho, yo creo que sentí que perdía totalmente a mi padre casi quince años después de su muerte: cuando se produjo la de don Vicente). Pues bien, digo que tuve que conocer a don Tomás en aquellos años porque yo estaba en Jaca, con mis padres, y él también, y él era el novio de Carmina Gómez Parra, y yo, aunque de don Tomás no me acuerdo, de Carmina, sí, y muy bien. Carmina era una muchacha absolutamente encantadora, de cuya mano yo me colgaba como si fuera mi hermana mayor y la acompañaba a la peluquería, y la admiraba vestida de fiesta... Y me encantaba cómo ella contaba las cosas... Esto puede parecer muy poco relevante en una semblanza de don Tomás Buesa, pero tiene total pertinencia, pues trata de reflejar el vínculo de afecto, de amistad, creado desde mi infancia entre su familia y la mía, y, más concretamente, entre su familia y yo.

De verdad, de verdad, fue en el verano de 1960 (o de 1961), cuando vi por primera vez a don Tomás. Cuando realmente tuve ocasión de saludarlo y de charlar con él (ciertamente, poco —era yo todavía una cría de doce o trece años—). Estábamos en Lecumberri, no lejos del Lecároz donde transcurrió buena parte de su formación escolar. En aquel pueblecito navarro, casi equidistante de Pamplona y de San Sebastián, pasábamos unos días de veraneo sus suegros y mi familia. El padre de su mujer era, como ya he dicho, íntimo amigo del mío. En mi memoria infantil revivo a aquel señor rubio, tan rubio que parecía inglés, permanentemente atento a los modos de hablar de la gente y vigilante cariñoso de tres preciosos niños (Carmina, Javier y Macarena -todavía no había nacido Ana, su hija menor).

No podía imaginarme entonces que habría de encontrarme de nuevo con don Tomás Buesa en la Universidad de Zaragoza, en octubre de 1969, cuando él se estrenó como catedrático de Gramática Histórica de la Lengua Española en la

recién implantada licenciatura de Filología Románica. Mi promoción, la del 65-70, era la primera de la nueva titulación y se encontraba en el quinto (último) curso cuando él se incorporó a la alma mater zaragozana. A nosotros, Buesa solo nos impartió una asignatura: la temida —por su extensión y por su complejidad— *Dialectología hispánica*. De modo que, ayunos de sus enseñanzas de gramática histórica y de historia de la lengua (materias de los cursos precedentes), éramos, según dictamen de don Tomás, *los insalvables* (lo he contado ya en otro lugar). He de añadir que, pese a ello, don Tomás constató, después del primer parcial, que *sabíamos más de lo que se imaginaba* («Bueno... —concesivo—..., he de confesar que saben ustedes más de lo que me imaginaba» —fueron sus palabras al comentar las calificaciones—). Y tengo que subrayar que, si, ciertamente, Buesa fue un verdadero martillo de herejes filólogos, fue un martillo eficaz. Recuerdo nítidamente que, en junio de 1970, y en un tranvía zaragozano, descubrí que el único programa de todos mis estudios que me sabía de cabo a rabo era el de *Dialectología*.

Las clases de *Dialectología hispánica* de don Tomás Buesa merecen comentario más detenido. Porque son reveladoras de muchas cosas. En primer término, de la posición que ha de adoptar un docente universitario al impartir una disciplina: los conocimientos que quiere que alcancen sus alumnos, los métodos de trabajo en los que desea iniciarlos, la propia articulación de los temas que va a desarrollar en la práctica concreta de las clases diarias, etc.

La primera preocupación de Buesa era que el alumno asimilara de forma exhaustiva los contenidos del programa: el de su asignatura era, como he dicho, muy extenso y complejo y estaba minuciosamente descrito. Seguía muy de cerca un manual también extenso y complejo: el que había publicado, con título casi igual al del nombre de la asignatura, don Alonso Zamora Vicente (*Dialectología española*). El profesor Buesa exigía el conocimiento completo de dicho manual. Y, para ayudarnos a estudiarlo, nos iba señalando semanalmente el capítulo (o los capítulos) en los que debíamos centrarnos. Por supuesto, nos animaba a que le planteáramos en clase las dudas o dificultades que pudieran surgirnos en nuestra lectura. Pero el Dr. Buesa exigía más lecturas: la del *Manual de pronunciación española* de don Tomás Navarro Tomás debía ser concienzuda y, por descontado, también completa. Y él la aplicaba en el aula, periódicamente, en forma de prácticas de transcripción fonética con la subsiguiente identificación de los sonidos transcritos. En sus clases, sin embargo, don Tomás no se ajustaba al manual de Zamora, pues quería que sus lecciones cumplieran otro objetivo: trataba de iniciarnos con ellas en algún aspecto monográfico de su propia investigación. Es decir, los manuales eran, para Buesa, totalmente necesarios para el estudio de la asignatura, obligatorios. Pero no suficientes. Y, de otro lado, quedaban en la esfera del trabajo personal, cotidiano, del alumno. Las clases debían cumplir una función propia, en la que el papel del profesor debía ser doble: de una parte, tenía

que ser el orientador del estudio del alumno; de otro lado, había de ser el maestro que introdujera al estudiante en la investigación a través de temas monográficos trabajados por él mismo.

Es esta última faceta de las clases de Buesa la que yo recuerdo con más cariño y gratitud. A través de los temas monográficos que empezó a desarrollar en las clases, descubrimos, por ejemplo, la función que los dialectalismos cumplen en la obra de algunos poetas españoles (como Juan Ramón Jiménez). O cómo se hacía una encuesta dialectal: don Tomás nos ofreció varios ejemplos de cuestionarios dialectales y de encuestas grabadas realizadas por él mismo. Y aunque pudiera parecer a veces impaciente como encuestador, ciertamente se percibía de inmediato la pasión que sentía por la geografía lingüística y la devoción que profesaba a las gentes sencillas que eran entrevistadas por él.

Desgraciadamente, esta parte del temario de la asignatura quedó ensombrecida por culpa de un insensato de mi curso que le argumentó un buen día al Dr. Buesa que el verbo leonés era un verdadero galimatías en el manual citado de Zamora. Don Tomás confirmó la objeción, se dedicó a sistematizar todas las formas verbales leonesas y... hervimos vivos —o muertos— en la morfología verbal bable, y no tan bable, hasta rellenar la última carilla... a fines de mayo de 1970.

La obligatoriedad del estudio de manuales importantes y útiles es algo que nuestra generación de filólogos le debe a Buesa. Y, pese a lo que puedan argumentar muchos pedagogos, a mí me parece muy oportuna, siempre que el manual sea de verdad, como he dicho, una obra valiosa. A mí, por ejemplo, el de don Tomás Navarro Tomás me enseñó a colocar los pilares fundamentales de la fonética articulatoria y a comprender para siempre la del español. Me llevó, además, a querer saber más de don Tomás Navarro, que, con el tiempo, se me convertiría en una de las figuras más admirables de la Escuela española de Filología. Tanto me entusiasmó el libro citado, que le manifesté un buen día a mi maestro, Félix Monge, mi deseo de dedicarme a la fonética, afán que él reorientó sagazmente, casi sin que me diera cuenta, hacia la sintaxis.

Don Tomás nos animaba también a los alumnos, por otra parte, a colaborar en tareas de catalogación bibliográfica y de selección de materiales lingüísticos (algunas promociones tuvimos la oportunidad de ayudarlo a Buesa en la elaboración del corpus lingüístico de la obra del poeta cheso Veremundo Méndez Coarasa). Era una manera de incitarnos a ser útiles y generosos con nuestro tiempo y con la Universidad en la que estudiábamos.

Terminados los estudios, convertida en ayudante de clases prácticas del Departamento de Lengua Española (hoy llamado de Lingüística General e Hispánica), tuve ocasión de tratar diariamente al profesor Buesa durante más de treinta años. Él había venido lleno de entusiasmo a Zaragoza (en octubre de 1969), desde Sevilla (la *Seviviya* de sus nostalgias), que se trocaba en melancolía a menu-

do al constatar las diferencias entre el Valle del Ebro y el del Guadalquivir, pero su buen sentido y su extraordinaria capacidad de trabajo atemperaron la decepción: consiguió formar a una pléyade de colaboradores que han dado frutos granados como catedráticos y titulares de Universidad o profesores de Enseñanza Media.

Miembro de la última hornada de universitarios españoles que opositó directamente a la cátedra de Universidad, don Tomás vivió, al volver a tierras de Aragón, la plena satisfacción de quien ha alcanzado el grado máximo de la docencia. Y transitó, con el optimismo más clásico (y, tal vez, menos posmoderno), por ese sueño en el que los catedráticos de Universidad han sido designados maestros y, lo que es más importante, sentidos como tales. El espíritu, digamos, del 68 no le era afín. Pero, pasados un par de lustros algo hostiles, en los que, desde luego, nunca renegó de sus propias creencias y convicciones, consiguió atemperar sus exigencias y adoptar una posición comprensiva respecto de las ideas políticas que no coincidían con las suyas. Creo que don Tomás se comportó siempre como un profesor enormemente responsable (por ello, exigente), con un profundo sentido de la justicia y del cumplimiento, honrado y honroso, del deber.

De mi trato con don Tomás Buesa en los años en que convivimos en el mismo Departamento, son varios los aspectos que quiero destacar. Citaré, en primer término, el cariño y la puntualidad con que me regalaba sus trabajos, entre los que se cuentan páginas esenciales para la Filología Aragonesa y para el estudio del español hablado en América. A pesar de su timidez, me hizo sentir su amistad, especialmente tras mi matrimonio con su colega de la Facultad de Derecho, el profesor Juan Rivero Lamas, también, desdichadamente, en la otra orilla.

Un logro importantísimo del magisterio de Buesa ha sido la escuela de discípulos que ha creado, que goza de reconocimiento nacional e internacional. Y, sobre todo, en el seno de nuestro Departamento, en los años setenta y ochenta del siglo pasado, Buesa consiguió que sus discípulos zaragozanos —a quienes sentía como sus hijos académicos— fueran una verdadera piña, con una devoción, un afecto y una lealtad realmente admirables para con su maestro.

De otro lado, quiero resaltar muy especialmente el coraje y el valor que mostró y demostró don Tomás ante la adversidad física. A raíz de las diversas dolencias que se le manifestaron al aproximarse a la jubilación (su enfermedad ocular, primero, que redujo tremendamente su visión, y las múltiples operaciones vesicales que hubo de sufrir, después), todos pudimos percibir y admirar el ejemplo de su sentido de superación; su valentía para seguir afrontando la vida con interés, buen humor y laboriosidad infatigable, a pesar de las difíciles condiciones en las que había de desarrollar su trabajo.

Yo creo que don Tomás Buesa Oliver fue siempre un hombre fiel a sí mismo y a sus convicciones, que tuvo como divisa el trabajo bien hecho —rigurosa e impe-

cablemente bien hecho. También fue don Tomás una persona extremadamente delicada y atenta por los problemas de los amigos y de los colaboradores. Mostró, sin fisuras, la lealtad absoluta, devota, al amigo —a los amigos— a los que acompañó en tantas horas de investigación dialectal (me refiero particularmente a don Manuel Alvar, y también a don Antonio Llorente, don Luis Flórez, don Gregorio Salvador...). Entregó su trabajo generoso y valiente hasta el final, como he dicho, y, subrayo, a pesar de las limitaciones físicas, no sólo a la Universidad, sino también a la Institución «Fernando el Católico» y a entidades diversas, muy especialmente las jacetanas, porque Buesa mostró igualmente una fidelidad absoluta a su terruño —se sintió siempre jaqués hasta la médula—.

En mi recuerdo, su imagen física sigue siendo la de aquel señor rubio, de ojos azules, que parecía inglés... En realidad: montañés de Jaca, pues las gentes pirenaicas tienen a menudo los ojos azules y la tez blanca, sonrosada. A don Tomás le preocupaba también el cuidado en la presencia externa y poseía una elegancia, una coquetería, sobria y pudorosa —era, como he apuntado, un gran tímido—. Y, unido a Carmina Gómez Parra, aquella muchacha a quien yo sentía, de niña, como mi hermana mayor, don Tomás Buesa formó una familia envidiable, que, en diversos ámbitos científicos, da fe de la magnífica formación recibida de los padres. Sus hijos son testimonio vivo y duradero de la vida y de la obra de Buesa. Como lo son igualmente sus estupendos discípulos, que continúan su labor y contribuyen con sus magníficas investigaciones a profundizar en el conocimiento del aragonés medieval, en el de las hablas vivas altoaragonesas, en el de la variedad lingüística de Aragón (y las diversas modalidades lingüísticas que en él conviven), así como en múltiples y diversos aspectos de la descripción y la historia del español en América.

Querido don Tomás, te recordamos, añoramos tus visitas, entre apresuradas y terminantes, a nuestros despachos —las preguntas, de repente, sobre los temas más insospechados e imprevisibles—, tratamos de aplicar el ejemplo de tu vida a la nuestra. Te sentimos con nosotros desde la otra orilla.